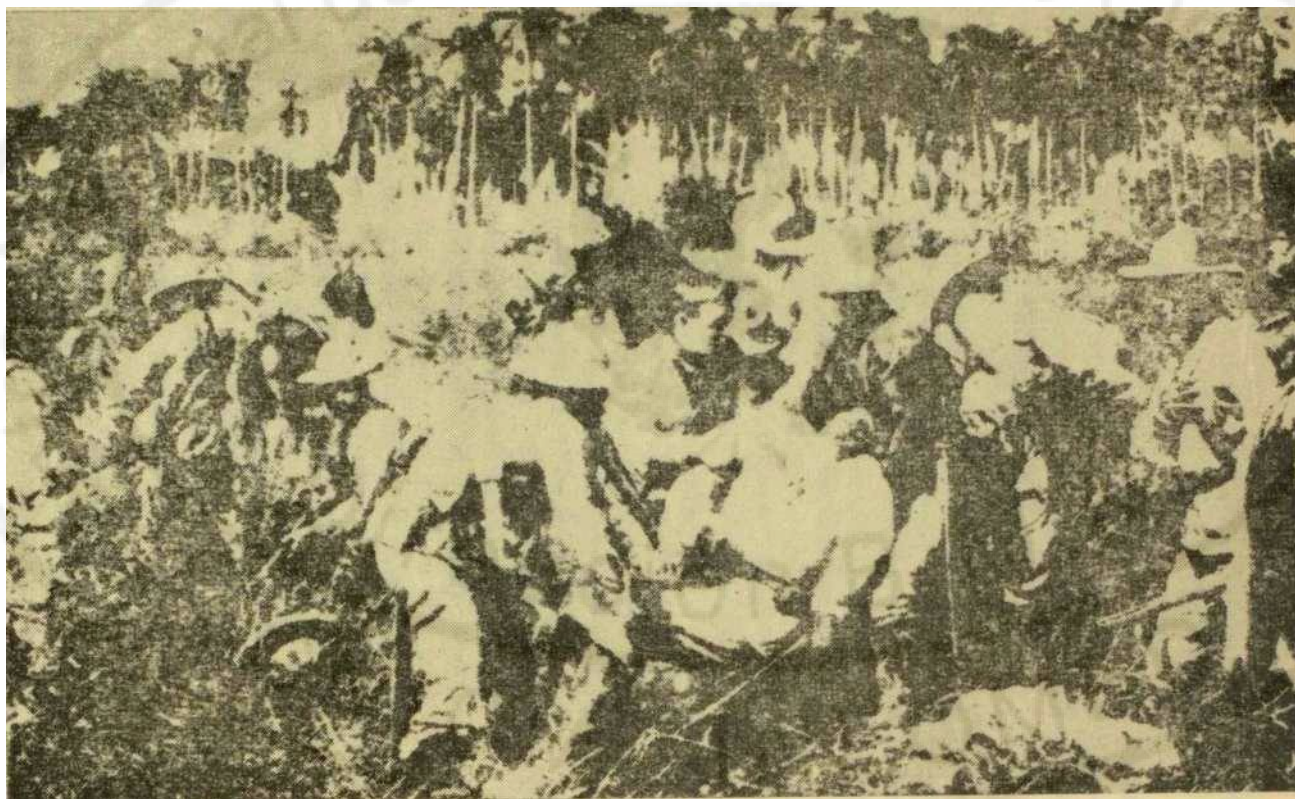


7 DE DICIEMBRE

El 7 de diciembre de 1896 marca en la historia independentista de Cuba un día semejante por lo nefasto al 19 de mayo de 1895. Así caen como gigantes cíclopes, las dos grandes columnas que soportaban el pórtico de esa Revolución. Ninguna tribuna puede levantarse en sitio mejor para conmemorar la caída del Titán Maceo, que en una Biblioteca de Martí, donde se encierra toda la primicia que donara para su patria aquel talento inconmensurable del Maestro de las Américas Libres. Fué Martí con su palabra de fuego y sus artículos candentes quien levantó el espíritu patrio en los pechos cubanos para lanzar estentóreamente el grito de sacrificio de: Patria y Libertad.

Fué Maceo el brazo poderoso, el varón representativo de la valentía de un pueblo. Para mostrar ese carácter incomparable del guerrero heroico, es que dedicamos este día, aniversario de su caída desde el pedestal de su gloria. Fueron tales y tan grandes las hazañas de Maceo, que ya la palabra «gloria» tan usada por los pueblos, nos parece tibia, nos parece inocua, carente de la grandeza para poder calificar sus homéricos hechos. Sólo un libro, que encerrara en sus niveas páginas, un poema épico a semejanza de la Iliada ó la Odisea del Padre Homero, podía dar la medida para cantar deleitando a nuestras juventudes los hechos de guerra del Titán de Bronce. ¡Tan grande es nuestro héroe! Objeto de este brillante acto conmemorativo es rememorar algunos de los más destacados hechos del guerrero, del patriota y del hombre que fué Antonio Maceo, héroe epónimo de la Revolución del 95 —como había sido héroe en la pasada de los Diez Años—, Fué uno de los primeros jóvenes cubanos que se lanzara en el 68 a los campos de la Revolución acompañado no sólo de sus seis hermanos y su padre, sino también de las mujeres Mariana y María, casado con ésta última en aquel año.

A los dos meses lo vemos en las fuerzas mambisas con el honroso cargo de Capitán Abanderado. ¡Así eran estos Maceos!



Muerte de Maceo
(óleo de Menocai)

Antes del año —simbólicamente el 20 de mayo del 69— es tocado por la primera bala, que inicia la suma, hasta el total de 26.

El día 14 de ese mes había caído en la toma de San Agustín el tronco secular de los Maceos, primera víctima que ofrendaban ante el altar de la Patria. Al año de guerra fueron tantos los hechos del novel guerrero, que era conocido en toda la provincia oriental. Ya los jefes españoles temen al guerrillero Antonio Maceo que les vapulea en «La Loma de la Galleta», «La Redonda» y la «Estacada».

No importa que el número de las columnas que ataque, sean diez veces superiores, el resultado es siempre el mismo, sus emboscadas son como las del cóndor andino cayendo sobre su presa, es rápido y seguro, potente y fiero. Parte las columnas en dos como el alud desprendido de la montaña. Los enemigos caen a diestra y siniestra mano, abriéndose brechas entre los hombres. Su actividad guerrera es desconcertante llevando la lucha a todos los rincones de su mundo.

En diciembre del 70 muere en combate el primero de estos gladiadores Maceo—cae Julio en la toma de un convoy en «Nuevo Mundo».

¿Qué pasó en los Potreros de Mejía? Allí el líder de las emboscadas ¡cae en una emboscada! Maceo se ciega de coraje ante tal contingencia: no mira atrás a ver si le siguen sus hombres, espolea su caballo «Concha», y arremete sólo al enemigo y cae derribado por seis balazos a boca de jarro como ciclópeo árbol de la montaña. Es que Maceo no sólo manda en el combate, él orgulloso va siempre el primero exponiendo el ancho pecho dando ejemplo del desprecio de la vida cuando se ofrenda a la Patria. Ese día «Los Potreros de Mejía», parecían los campos de Troya, donde se creció Maceo como los héroes homéricos: Aquiles o Ulises, a veces un Agamenón o un Ajax, siempre fiero y valiente. Su voluntad de acero quiso forzar un enemigo numeroso y valiente con sólo su machete invicto y el pecho de su corcel de guerra. Acude su hermano Tomás diligente y desolado y dice a la escolta que le sigue: han muerto a mi hermano.

Allí yace el Titán sangrando por el anchuroso pecho, por la boca, por los ojos, por todas se ve la savia vital, caídos los hercúleos brazos, doblada la cerviz del orgulloso guerrero. Pero los guerreros son hombres de distinta levadura que la plebe civil, la guerra da otra clase de coraje, nada de vanas lamentaciones, la urgencia lo requiere, son azares del noble oficio de guerrero que no caiga en manos enemigas el cuerpo del amado jefe y lo echan rápido a lomos de un caballo monte adentro.

EXCURSIÓN A LA MAESTRA

*(LA DEMAJAGUA, YARA, BIJAGUAL, SAN LORENZO, BAIRE, BARAGUA
Y DOS RÍOS)*

Son 7, número simbólico y cada uno un símbolo para las (Patria Cubana) libertades patrias. Son siete puntos cardinales para nuestra historia, (en) cada uno, una página gloriosa capaz por sí sola de llenar de justo orgullo (a un pueblo) la Historia de un pueblo.

La Demajagua, que al tañido de su campana congrega la esclavitud para romper sus cadenas y hacerlas libres, hacer a los negros hombres. Allí un hombre, un varón, de brazo fuerte y corazón magnánimo, retó solo con un grupo, a una nación y señaló con un dedo la ruta del honor que han de seguir todos los cubanos dignos.

Yara, célebre ya por el indio mártir primera víctima de la Santa libertad, vuelve a cubrirse de honores el 10 de octubre de 1868 al grito de Independencia o Muerte, que exhala vigoroso el pecho de Carlos Manuel de Céspedes, el primer y más grande de los hombres inmolados a nuestra libertad. Gloria a tí, que nos señalaste la ruta y la abonaste con la preciosa sangre de libertador y mártir.

Bijagual: donde a la sombra de un corpulento Mango, que aún se conserva para la historia, por primera vez la Cámara cubana, libre e independiente, dentro del derecho constitucional, depone al egregio Presidente Carlos Manuel de Céspedes.

Ese día vuelve a la Gloria la frente de Céspedes, ese día quizás funesto para el porvenir de la Revolución, nos pone de relieve al Padre de la Patria, nos lo agiganta como lo que él era, como un gigante de la Razón y del Derecho.

Ese día servirá de ejemplo saludable para el porvenir de nuestra Democracia. Una Cámara, la representación popular, no teme reunirse

públicamente delante de un ejército para ejercer sus funciones legislativas, y cívicamente ejerce el derecho de deponer al Presidente, que tiene, en su apoyo .a! ejército y, sus generales.'De la otra parte, este Presidente,- este hombre, síntesis de-acrisolado, patriotismo,-lejos de protestar, lejos de usar de la fuerza de su ejército, acepta regocijado el acuerdo. tomado y felicita, sombrero en'mano, .y la,sonrisa en los labios, a los miembros de. aquella; Cámara y al nuevo Presidente.

Él tiene a honor, que al ser ya un simple ciudadano, ser el primero que estreche la mano al nuevo Presidente de la República cubana.

¡Qué hombres y qué tiempos!... ¡San Lorenzo! qué triste es San Lorenzo y cuánta tristeza siente el corazón al rememorar aquel día! Aquel día 27 de febrero en que cayera por siempre nuestro hombre cuna, nuestra gloria del 68. No se concibe cómo Céspedes cayera en aquel lugar, el más comprometido para morir. Esto dicen los testigos que conocieron aquel día del hecho, pues, hacia cualquier otra parte que hubiese dirigido sus pasos hubiera quedado más resguardado de las balas enemigas; pero yo, que he estado allí a recordar el aciago día y reconstruir la trágica escena, no concibo por qué cayó el Mártir hacia el Oeste y no en otro punto cardinal. Céspedes, a las 10 de la mañana, en el rectángulo de San Lorenzo, al abrir sus brazos, moribundo, quiso estar de frente al Padre Sol y caer iluminado con sus ardientes rayos, como caen los héroes, como más tarde cayera Martí.

Baire: la segunda hermosa clarinada de un pueblo digno que quiere redimirse con la sangre de sus héroes, porque no puede postrarse a las plantas de la tiranía.

Baire: prólogo de la Revolución triunfante, se viste de glorias el 24 de febrero, al clamor jubiloso de sus hijos, que gritan estridentes ¡Viva Cuba Libre! ¡Muerte o Libertad!

¡Cuán hermoso luce nuestro Sol oriental, que en su carrera y con sus rayos alumbró al Altar Sacrosanto de la Patria que levantaron los pechos cubanos en las tierras de Baire!

El 24 de febrero de 1895 nació en Baire la República cubana. Aquella bandera enarbolada por un puñado de patriotas y jurada con el pensamiento puesto en Dios y la justicia, se enrojece muchas veces con la sangre de los héroes en los fieros campos de batalla, pero nunca jamás la enseña de la estrella solitaria caerá del mástil enhiesto donde airosa flamea desde el 24 de febrero de 1895. Esa es la bandera que triunfante

corrió por los campos de Cuba en la mano del glorioso Maceo y del Generalísimo Gómez.

Esa bandera está empapada en la sangre ardorosa del Titán Maceo, el Dios de nuestras batallas, y la rutilante obra del Apóstol, del maestro, de nuestro Gran Martí.

Baraguá: allí están los célebres mangos; allí señaló la historia un jirón de la dignidad cubana; allí queda el hecho inmortalizado y señalado por las cosas, pero los hombres se han ido, ¡los protestantes de Baraguá se fueron en brazos de la gloria! Algunos, muy pocos, quizás uno de aquellos hombres inmortalizados por la Gloria queda sólo para poder contar aquella jornada del heroísmo y de la dignidad cubana. Solamente Don Fernando Figueredo, el patriota inmaculado, recuerdo vivo del glorioso Bayamo, puede contarnos hoy a viva voz cómo fué aquella jornada, donde por una parte el general Maceo, con sólo ocho hombres que llevaban 10 años de miseria y 10 años de heroísmos, se levanta orgulloso, altanero y poderoso frente al más grande de los héroes de España, al General con 100,000 combatientes, sanos y fuertes, al Capitán General Martínez Campos, y le dice: «General, mis soldados capitulan, pero bajo una condición solamente, primordial: la independencia de Cuba. Entro en negociaciones inmediatas de paz bajo esa base, fuera de eso, nada». Si soberbio era el español, noble y grande era el cubano.

El general de 100,000 guerreros va al campo del general que tiene las fuerzas de un capitán, y éste, soberbio, grande, como sólo cabe al héroe, le pide independencia o muerte, ¡qué grande, pero qué inmenso era Maceo!

Tan grande era el prestigio del héroe cubano, que todos los generales españoles de Cuba pidieron a Martínez Campos acompañarle a la conferencia para conocer de cerca al hombre genio ante quien siempre fueron derrotados sus ejércitos.

Pero, ¡ay, si tristezas evoca la selva sombría en el rincón de la Maestra, donde martirizaron al Padre de la Patria! ¡Si tristezas se evocan en Dos Ríos al recuerdo del Maestro, roto el pecho para dar la vida por su Cuba! ¡Vergüenza dá que año tras año recordemos estos hechos y la mano piadosa de la rica República cubana no haya inmortalizado esos lugares con el duro bronce o la ruda piedra! Si no tenemos poetas que en alas del genio immortalicen con sus poemas esas glorias, como Homero a Grecia y Horacio a Roma; si no hay artistas que immortalicen

en el lienzo esas páginas de las más grandes de la Historia Patria, hay por lo menos riquezas con qué levantar monumentos que señalen esos hechos.

Basta ya de olvidos, después de las tempestades revolucionarias van pasando los años con bonancible calma.

La República tiene un deber incumplido que se va haciendo moralmente criminal. La República tiene esa deuda con los héroes y ya no puede retardarla. Si los gobiernos no han podido o no han querido sumarse a tan patriótica iniciativa, nos queda el que todo lo puede y todo lo hizo, nos queda el patriótico pueblo cubano, que supo dar su sangre y su fortuna por hacernos libres. La briosa prensa cubana, guiadora de la opinión, reuniría todas las entidades patrias y al grito de dignidad sobrarían los numerarios para levantar los «Monumentos del Pueblo»: 7 altares a la Patria.

Carlos Manuel de Céspedes murió ese día, porque ese era su destino, el arcano había reunido, en el aciago día, todas las circunstancias propicias para lo fatal. Así como Napoleón citó en Waterloo a la Victoria, como siempre, no se concibe hoy como no vino a la cita; todo estaba como debía para la Victoria. La única razón que nos explique el hecho es: que murió porque tenía que morir. Según las reglas de los hombres, todo estaba preparado para que no pudiera ser sorprendido. No se contó con el Minuto Fatal. ¡Maldito Minuto, en el tiempo, qué hombre te llevaste en tu arcano!

Allí en el lugar sagrado, en el rincón glorioso del hombre del 68, no reina más que el olvido. El cubano que no haya oído los dulces arpegios del Rey de Nuestras Selvas, puede oír los melodiosos trinos en la copa de un tierno cedro que crece en el lugar preciso que cayera la sangre del héroe. Este fiel pajarillo parece decir a los hombres que él no olvida y de su clarinada triste en aquella oquedad de la Maestra, para hacer más solemne aquel sitio del Martirio. ¡Cubanos, todos los días hay música armoniosa en el Martirologio de San Lorenzo; el Ruiseñor de los campos canta en las glorias del viejo Presidente!

Dos Ríos: Martí y Céspedes, dos nombres y dos revoluciones, dos hombres y dos mártires. Una misma estrella les iluminó el sendero... por una misma idea fue Cristo. Allá en el 68, Carlos Manuel, asá en el 95, José Martí. Aquél el Padre, éste el Maestro. Allá donde nace el Contramaestre, en lo empinado de la montaña, se derrama la sangre del

Presidente. Después acá en la llanura, en la misma ruta del Contramaestre, en aquellas mismas aguas corre la sangre del otro Presidente.

Esas aguas han tenido el privilegio de portar la sangre más cara para el pueblo cubano. El principio vital de estos no les corrió por nuestras aguas, empapó nuestra tierra. ¡El genio de su idea germinó en nuestros corazones... hicieron la Patria!

Ellos lo fueron todo, los grandes. Gloria a ellos.

